

## 27. LA MURALLA DE XI'AN (Emile)

Entre las cosas que no esperaba hacer en mi vida estaba escalar la muralla de Xi'an, una tontería de turistas aburridos en un país donde nadie te entiende ni entiendes nada. Esa fue, al menos, la conclusión a la que llegué cuando zanjé la apuesta con Koen al término de varias cervezas en el bar del hotel; además, la adrenalina me hacía bien desde que mi vida cambió de rumbo y transcurría completamente perdida y sin sentido. Maquinar una travesura ilegal e inofensiva en una ciudad china, animado por la mala cerveza y una amistad repentina con otro turista al que jamás había visto antes, salir del hotel a las dos de la mañana cual inmigrantes clandestinos, colarnos en un monumento nacional sin pagar la entrada y escalar doce metros de muralla, todo provocaba una emoción intensa que, ojalá, cuando estuviera de regreso en Bruselas sirviera para disipar con su recuerdo la niebla de la rutina. Sin embargo, la travesura iba a dar pie al inicio de una obsesión.

Tras subir con una facilidad inesperada por las piedras de la muralla, me detuve agarrado a la cornisa con ambas manos, un descanso para tomar fuerzas y auparme sobre el corredor. Ya no podía escuchar la voz de Koen, que vigilaba desde abajo por si algún guardia pasaba haciendo ronda, sólo mi corazón latiendo con fuerza y mis pensamientos: “Emile, si diez años atrás alguien te hubiera dicho que subirías una muralla en China en plena madrugada, te habría dado un ataque de risa”.

Cierto. Tan cierto como que las locuras conducen la vida por caminos de locos. Le hice a Koen el gesto acordado para confirmar que lo había conseguido, que le vería a la mañana en el hotel, y me dejé caer al corredor de la muralla, temiendo que hubiera algún vigilante. Mi sorpresa fue mayúscula, había alguien en verdad: a unos seis metros a mi derecha, un occidental estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en las piedras.

—De haber sabido que vendría alguien más, habría traído unas cervezas —dijo el tipo, con tono jocoso, ante la divertida circunstancia. Se puso en pie y se presentó—. Soy Axel, de Alemania.

—Encantado de conocerte. Emile, belga. Sin duda, una cerveza aquí hubiera sido memorable —contesté, tratando de aparentar un aplomo de viajero experimentado que no tenía.

Nos sentamos frente a frente, ambos recostados contra las piedras del corredor, y con el resuello recuperado comenté:

—No imaginaba que escalar murallas por la noche en China fuera habitual.

—Y no lo es —repuso Axel—, te aseguro que es la primera vez que me encuentro con alguien aquí a estas horas.

—Ah, ¿vienes a menudo?

—Más o menos. Te cuento cómo salir sin problemas. Mañana por la mañana, caminamos hacia la salida del oeste, la más popular, parecerá que hemos entrado a primera hora por la puerta norte. No te preocupes, nadie se extraña, nadie pregunta, nadie piensa que has entrado escalando la muralla por la noche.

—Entonces, sí que vienes a menudo por aquí.

—De tanto en tanto. Vivo en otra provincia, en una zona rural, y tres o cuatro veces al año me escapo a Xi'an para darme un baño de civilización, tomar un café, ya sabes...; la China profunda puede ser agotadora psicológicamente. Una noche se me ocurrió escalar la muralla, me quedé hasta la madrugada, y me gustó la aventura, así que tomé por costumbre subir cuando vengo; es un escondrijo agradable para pensar con tranquilidad, o para conocer gente...

Axel había llegado a China cuatro años atrás, buscando aprender artes marciales tradicionales, y encontró a su gurú en una remota aldea de Gansu. Hablamos durante un par de horas, tenía una divertida charla, y sus anécdotas del monasterio donde aprendía *kung-fu* daban para escribir un libro.

—Joder, Axel, es increíble... Cuando regreses a Alemania deberías publicar todas esas historias en un libro, sería un éxito. En Europa todavía soñamos con maestros arrugados de pelo blanco y largo que poseen respuestas enigmáticas, queremos creer que la sabiduría suprema o el secreto de la eterna juventud se esconden en algún lugar lejano. Nada mejor que un pequeño monasterio perdido en medio de China para sacarnos de nuestras vidas previsibles, de nuestras universidades que tienen respuestas para todo.

—Sí, tal vez lo haga. Tienes razón en eso, Emile, los europeos tenemos nostalgia de un pasado en el que no existían tantas respuestas científicas y las leyendas podían ser realidad. Aunque...

—¿Qué?

—Si te soy sincero, este año vi algo con mis propios ojos para lo que aún no he encontrado explicación, ni estoy seguro de que la haya. Uno de los compañeros que estudian *kung-fu* conmigo, un uigur, me invitó a pasar un par de semanas en su casa, en Kasghar, y una vez allí fuimos a un extraño templo escondido en las montañas del Tien Shan, un monasterio vetusto y pequeño, a saber cuántos siglos llevará allí. Un familiar suyo, tío o abuelo, era sufí y vivía ahí. Entonces, cuando estábamos cenando, agárrate, entre los monjes había uno, muy viejo, sobre los ochenta años, que hablaba un perfecto inglés..., ahí, en ese rincón perdido del mundo. Dijo que había vivido mucho tiempo en Turquía, en Chipre, en Siria, y también en Europa. Le pregunté por qué había venido a ese monasterio en particular, y no quiso contestarme, sólo me dio evasivas...

—¿...?

—Nos quedamos allí a pasar la noche, el templo está demasiado lejos para ir y volver, y por la mañana, a la hora del alba, vi a ese anciano en el patio sacando un pájaro de una jaula. Lo tenía cubierto con ambas manos. Al abrirlas, el pájaro se quedó sobre la palma de su mano izquierda sin volar. Estarás pensando que estaba amaestrado, pero no, el pájaro aleteaba queriendo echar a volar y no lo conseguía. Te juro que lo vi, no fue un sueño. Después de un largo minuto, el pájaro cesó en su intento de volar, el anciano volvió a meter el pájaro en la jaula, y se marchó hacia las habitaciones. Fui a ver el pájaro para comprobar que no tuviera alguna cuerda amarrada a una pata o las alas rotas... Nada en absoluto, estaba en perfectas condiciones, algo asustado, nada más. Increíble, ¿no?

No, no era increíble. Ni tampoco este encuentro era una casualidad. La historia de Augusto sobre aquel monje japonés que sostenía un pájaro en su mano, el templo de aquella secta exterminada del que hablaba en su carta... ¿Era todo cierto?

“No pienses que es casualidad”, eso fue lo que dijo Marcin. Presentí que éste era el inicio del camino que por fin me llevaría a reencontrarme con Augusto, el español que me salvó la vida y que cinco años después cruzó a mi lado silenciosamente en el Canadá.

—Joder, sí que es increíble —contesté, tratando de que no me temblara la voz.

—¿Estás bien? Pareces nervioso. Bueno, ya sé que suena a película o a un viaje de marihuana, no te pido que me creas; por mucho que los europeos tengamos nostalgia de la Edad Media, esto es inconcebible...

—Axel, disculpa, ¿dónde está ese monasterio?

Al día siguiente, sin haber dormido más que un par de horas recostado en la muralla, regresé al hotel para recoger mi mochila y salí corriendo a la estación de autobuses. Me sentía en una contrarreloj. Dos días más tarde llegaba a Kasghar, la capital uigur de Xingkiang. Alquilé un taxi y le expliqué la ruta que Axel me había contado en la muralla. Como suponía, no iba a ser sencillo encontrarlo.

El templo, según explicó Axel, estaba en un desvío de la carretera que subía hacia Kirguizistán, antes de la frontera y difícil de precisar, pues no era más que una leve rodada de todoterrenos hacia el norte. Después de tres días tomando cada uno de los desvíos que encontrábamos en la carretera del Torugat, una rodada nos llevó hasta unas yurtas, y, como sucedía siempre que parábamos a preguntar en un campamento de nómadas kirguises, nos invitaron a descansar un rato y a comer; una amabilidad que me desesperaba porque yo tenía prisa, no buscaba experiencias de hospitalidad esteparia. Acorde a sus costumbres, sacaron unos panes, nata agria, quesos, cuencos con té salado, y, mientras comíamos, los hombres nos confirmaron que el templo suí que buscábamos estaba en esa dirección, pero que era ya tarde, nos perderíamos conduciendo por la noche. Mi conductor y traductor no me dejó opción, teníamos que pasar la noche con ellos. Nos quedaríamos a dormir en una de las yurtas y, al día siguiente, temprano, reemprenderíamos el viaje.

Axel tenía razón. El templo era pequeño, y más que vetusto: no era fácil calcular el tiempo que llevaba en pie: diez siglos, tal vez quince. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al golpear la puerta con unas pesadas aldabas y sentir la vibración del choque contra la madera; parecía tan antigua como el monasterio.

Estaba expectante, a un paso de saber si esa intriga de la comunidad gálata que explicaba la carta de Augusto era cierta. No tardó mucho tiempo en escucharse un cerrojo descorriéndose al otro lado de la puerta, la pequeña ventana de hierro dejó ver un rostro de mujer. Mi conductor pidió que nos dejara pasar, queríamos ver al monje que sabía inglés. La ventana se cerró, seguidamente se escuchó otro cerrojo moviéndose con dificultad, hierro contra hierro; la enorme puerta se entreabrió para dejarnos pasar.

La mujer dijo que el monje que hablaba inglés se había ido a Kasghar hacía dos días, y añadió que ya estuvo antes en el templo, unos cinco o siete años atrás. “En esta ocasión se ha quedado mucho tiempo, ella pensaba que había venido a morirse, estaba muy viejo”, tradujo el taxista. Mientras la mujer hablaba, uno de los monjes se acercó a saludarnos con manifiesta alegría; sin duda, no recibían muchas visitas...

—Así es, Murat ha estado aquí casi un año —confirmó el monje—. Hace unos meses vino otro occidental, hablaba bastante bien el mandarín. Creo que dijo ser alemán... ¿Hay algún problema con Murat?

—Dile que no pasa nada malo —pedí a mi conductor—, que el alemán es amigo mío. Por favor, explícale que he venido hasta aquí para saber cómo se puede sostener un pájaro en la mano, Murat sabía hacerlo. Pregúntale si él sabe también.

El conductor me miró con cierta ironía y, tras pensar cómo formular la pregunta, se dirigió al monje. Éste se echó a reír con la espontaneidad de un niño, e hizo un comentario que seguramente sería divertido porque ambos estuvieron desternillándose durante un rato, haciéndome sentir tan ridículo como invisible. Recuperada la compostura, el taxista me dijo que cómo se me ocurría hacer esa pregunta, nadie puede sostener un pájaro en la palma de la mano.

Asentí, y me retiré a un rincón del patio. Estaba desilusionado, tanto esfuerzo y dinero para nada; el monje se había ido dos días antes. ¿Me habría mentido Axel? Yo le había creído sin poner nada en entredicho, había cruzado China por el comentario de alguien a quien había conocido en lo alto de una muralla, que bien podía ser un trastornado o un excéntrico con demasiada fantasía... Sin embargo, el monje que hablaba inglés existía; si hubiéramos encontrado la rodada correcta el primer día, le habríamos alcanzado... Desde luego, esto no parecía una casualidad ordenada que llevara a un desenlace perfecto.

Me di cuenta de que me había dejado llevar precisamente por la tendencia europea de creer en enigmas exóticos y empecé a analizar lo que había sucedido:

“Qué tontería, Emile, aquel bulo de una secta exterminada, tocar música con la vida..., nada puede sostenerse ante un par de preguntas inteligentes. Todo ha sido fruto de la casualidad; no, ni siquiera eso, no fue casualidad, sino una broma. Seguro que fue una broma, Augusto y Marcin lo planearon. Ahora lo veo claro, una patraña tejida entre viejos amigos para tomarle el pelo a un tontaina belga... Pero, ¿y lo de la muralla? ¿Qué explicación hay...? Claro... Podría ser que Augusto estuviera también en Xi'an, que me hubiera visto y organizara todo con Axel y Koen. Deben estar muertos de risa a mi costa. Qué vergüenza. Emile, sigues sin asentarte en la vida, sigues sin una personalidad fuerte que te ancle al mundo, cualquier novedad te lleva a cambiar de rumbo... Qué vergüenza.”

Estaba entristecido por la desilusión y decepcionado conmigo mismo. Durante los últimos cuatro años le había dado pábulo a esa historia, la había tomado en serio y esperaba que un día sucedería algo increíble, una extraña aventura que me convertiría en partícipe de un secreto mágico que le diera sentido a mi existencia gris, mi existencia gris que deambula por la gris Bruselas... Tocar la música de la vida... Jodida nostalgia europea... La coincidencia con Axel me convenció de que había llegado ese día, y, tras tantas expectativas, la realidad, nada mágica ni misteriosa, se imponía. Pero... ¿qué coincidencia si Axel estaba justo al lado de donde yo escalaba...? Todo es una broma...

“Si no hubiera salido del armario y roto con mi familia, nunca habría estado tan aburrido para creer en estas tonterías y terminar unas vacaciones engañado por unos cabrones en un monasterio perdido en la esquina occidental de China”, pensé para mis adentros.

La mujer regresó para traernos té y unos panes caseros con nata agria. Su amabilidad me sacó de los pensamientos en los que estaba sumido y, mientras mi conductor charlaba con el monje, me dediqué a curiosear por los muros del templo. Pese al desencanto, pese a la humillación que sentía creciendo sin cesar dentro de mí, era innegable que el lugar tenía un aura de misterio y exotismo apabullante. Los muros estaban llenos de musgo y plantas que crecían en las grietas; las vigas traveseras, combadas; los bloques de adobe, mezclados con piedras enormes, reconstruidos decenas de veces; el atrio dejaba ver algunas teselas de mosaicos geométricos apagadas por siglos de pisadas... El templo se mantenía en pie de puro milagro.

Un símbolo curvado conformado con piedras de colores en un frontispicio me llamó la atención, y me acerqué para hacerle una foto. No recordaba haber visto antes algo parecido, mucho menos en un templo islámico; si acaso, asemejaba un ideograma primitivo. Las piedras bruñidas por el paso del tiempo, aunque tenues, todavía conservaban sus colores, parecían piedras preciosas. Regresé junto al conductor y el monje.

—¿Puedes preguntarle qué significado tiene ese símbolo en el sufismo?

—Dice que eso no es sufí —tradujo rápidamente.

—¿No son sufíes ellos? —pregunté de nuevo.

El monje habló un rato, parecía dar una explicación breve a un asunto que necesitaba más tiempo.

—Dice que sí, que ellos son sufíes, mas este templo es muy viejo. Antes fue de otros monjes, y ese dibujo les pertenece, siempre ha estado ahí. Mantienen una ley de aquellos tiempos escrita en árabe, turco y un tercer idioma que no sabe cuál es. Cuando regalaron el templo a los primeros sufíes uigures, ellos aceptaron conservar el emblema del frontispicio y dar hospedaje a los monjes que vinieran de peregrinación y mostraran un collar con el mismo símbolo. Dice que él ha pasado aquí toda su vida y sólo ha conocido a tres de esos monjes. Todos dijeron que venían desde Turquía. Murat es uno de ellos.

(Capítulo de la novela El Círculo de las Artes Efímeras, de Salva Rodríguez)

[www.unviajedecuento.weebly.com](http://www.unviajedecuento.weebly.com)

FB: El Círculo de las Artes Efímeras